

¿Cómo sabemos que Dios nos ama? Consideraciones sobre la certeza del amor divino

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración

E-mail: jmesquida@protonmail.ch

Recibido: 12 de julio de 2017

Aceptado: 5 de octubre de 2017

RESUMEN: El amor de Dios es la roca que fundamenta a todo cristiano, pero no siempre es fácil explicar cómo se puede tener certeza de este amor, sobre todo en situaciones de dolor y sufrimiento. Dar razón de ello nos lleva a revisar planteamientos clásicos del ateísmo, como la paradoja del jardinero de Flew, o tratar el aparente silencio de Dios ante el problema del mal. Sin embargo, lejos de ser un obstáculo, veremos como el mal puede ser un elemento importante para que se manifieste el amor de Dios y, desde ahí, el amor entre los hombres.

PALABRAS CLAVE: Amor, Dios, deísmo, mal, Flew, parábola del jardinero invisible.

1. Introducción

A veces de las personas que uno menos se lo espera surgen preguntas que desconciertan o dan que pensar. Algo así me ocurrió hace unos meses, en una catequesis con chavales de once y doce años. Estaba explicando el siempre controvertido tema del mal y les contaba como Dios no deseaba el dolor y el sufrimiento de las personas, pero tampoco podía intervenir como si de un superhéroe se tratara, pues ello coartaría nuestra libertad. Al final, acababa concluyendo que determinadas cuestiones entra-

ban en el ámbito del misterio y no siempre teníamos respuestas a ello, pero sí que podíamos tener la seguridad de que Dios nos ama. Fue entonces cuando salta una de las chicas y me suelta la pregunta a quemarropa: ¿Y tú, cómo sabes que Dios te ama?

No recuerdo muy bien la explicación que solté al grupo para salir airoso del tema, pero sí que no he olvidado que la pregunta logró sacarme de mi "zona de confort teológico", por decirlo de alguna forma. "Dios me ama" es como una especie de mantra para todo cristiano

que se precie y de alguna forma estamos seguros de ello, pero ¿cómo lo explicamos? ¿Cómo podemos dar razones de tal aserto?

Hablar del amor no debería ser complicado, pues es algo común entre las personas. Tal vez no tanto como quisiéramos, pero no conozco a nadie que no haya amado o que no haya experimentado el amor. Algo debe haber en ello que nos haga notar esa presencia, esa sensación o lo que sea que el amor es. Lo nota el niño que se funde entre los brazos de su madre cuando lo acuna y lo nota también el adolescente de sus padres, pero también de esos amigos del alma que perdurarán más o menos. Hay amor en el matrimonio, en la familia y lo hay en la vejez, en este caso ya completamente rebozado de recuerdos. Pero, ¿qué hay detrás de todo ello? Acaso sea todo pura química, como gusta pensar a los que se gozan con la tacañería del estricto raciocinio. No obstante, más allá de la tabla periódica, hay relaciones y gestos que, a mi juicio, rebasan la probeta del boticario. Uno puede amarse a sí mismo, incluso enfermizamente, pero no conocerá el amor si antes no lo ha experimentado con otro, pese a que el intento cristalice en decepciones.

La pregunta es entonces si podemos saber algo más del amor de Dios conociendo el amor humano,

el de andar por casa y que todos tenemos a nuestro alcance en mayor o menor medida. Al fin y al cabo, aunque nuestra burda copia sea participación del original divino, alguna pista se nos dará con el análisis.

2. El amor terreno

Se me ocurre que el amor debe ser ante todo confianza. Posiblemente la confianza es lo primero que experimenta el niño con sus padres. Sabe que siempre puede recurrir a ellos, que le alimentan, cuidan de él y no tiene que preocuparse de nada, pues siempre están ahí. Aunque se enfaden o desaparezcan a ratos, el niño no teme que le dejen abandonado en la guardería o en la consulta del pediatra. Esa certeza es un elemento importante en la relación amorosa, aunque es posible que no sea suficiente. Ni exclusiva. La confianza es una de las bases de las relaciones humanas, de todas ellas, haya o no haya amor. La confianza es imprescindible entre socios de despacho y entre compañeros de trabajo formando un equipo. Incluso en las relaciones comerciales o de servicio, pues nadie comprueba si el frutero le vende manzanas envenenadas, ni nadie piensa que el peluquero que le rasura a uno el cogote puede ser un émulo de

Sweeney Todd que le acabe rebajando el pescuezo.

Naturalmente, todo el mundo es libre de enamorarse de su peluquero, pero pienso que no es usual que el cliente entable una intensa relación de amistad con él. Al fin y al cabo, su simpatía puede verse motivada por un puro interés crematístico, lo que evidentemente casa mal con el amor. Es por ello que, además de la confianza, el amor debe ser también desinteresado. Quien ama se entrega al amado, se le ofrece con ciertas dosis de abnegación. Pero hablo de dosis pues ciertamente el amor humano es abnegado hasta cierto punto. El amor se da entre hermanos o de hijos a padres, pero ello no quiere decir que unos se desvíen, en un sentido casi literal, por amor al otro. Cuando decimos que el amor implica entrega al otro no debe querer significar que uno se anula a sí mismo en el proceso. Para evitar confusiones, detengámonos un poco en ello.

Decimos que el amor es en buena medida entrega desinteresada, servicio a favor de otro sin que se espere una remuneración o una reciprocidad matemática. Así, la cuidadora de una guardería puede tratar amorosamente a los bebés que cuida, pero no siente por ellos seguramente el amor que sienten sus madres. Uno se siente tentado a decir que el amor de una madre

a su hijito es uno de los más intensos que pueden sentirse, hasta el punto de que muchas madres no dudarían en dar su vida por su criatura. Sin embargo, y aunque no es mi intención infravalorar la vida de nadie, dar la vida por otro no es necesariamente una manifestación de amor. En estos casos de sacrificios personales elevados diríamos que se trata de una actitud de abnegación. Esta es la actitud del soldado que arriesga su vida por su patria, o la del bombero que hace lo suyo para salvar vidas de personas que desconoce. Tanto es así que, llegado el momento en que deben sacrificar su vida o su integridad física, hablaríamos entonces de heroicidad. Pero que exista tras ello un acto de amor es algo más discutible y no dependerá del acto en sí. Es decir, uno puede abnegadamente sacrificar su vida por una causa, pero ello no legitima esa causa ni la hace buena ni encontramos ahí amor. Desgraciadamente, ejemplos de plena abnegación los podemos ver en los atentados terroristas suicidas, que nacen exclusivamente del más amargo odio hacia los demás.

Entonces, si para amar no hace falta poner en riesgo la vida de uno, ¿en qué consiste? Ya hemos visto que la confianza es un elemento importante pero no es el único. También el desinterés. Le falta algo más, tal vez un componente más sutil pero que es determinante: la

cercanía. Esa cercanía no es meramente física o geográfica. Es más bien una cercanía afectiva. Consiste en saberse próximo a aquel que nos ama, una proximidad que tiene mucho que ver con el conocimiento íntimo de nuestra persona. Nos sentimos amados por alguien cuando sabemos que ese alguien nos conoce profundamente, sabe de nuestras debilidades y defectos, aunque apenas los considere. Nos hace sentir especiales, únicos y, sobre todo, sentimos un impulso a corresponderle en ese amor.

Ese impulso de correspondencia hacia aquel que nos hace sentir amados es posiblemente la prueba del nueve de la presencia de amor. Lo cual no quiere decir que podamos traducir ese amor a magnitudes matemáticas. No todo el amor alcanza el grado más elevado de sublimidad ni es fácil ni útil empezar a comparar, como lo hacemos todos de niños para averiguar si queremos más a mamá que a papá. El amor no se misura. Se comporta más bien como el fotón rebelde del que percibimos nítidamente su presencia, aunque no sepamos muy bien ni a dónde va ni de dónde viene. Es por ello también que el amor es silencioso y tranquilizante. No necesita dar excesivas explicaciones ni justificarse, lo sabemos ahí.

La presencia del amor tiene el valor de certeza, aunque no tenga-

mos evidencia alguna de ello ni podamos inferirlo de un razonamiento indubitable. Pero es una certeza sólida, de esas de las que nos habla del segundo Wittgenstein al referirse a certezas como aquella de la que se deriva la innecesaridad de comprobar si tenemos los pies pegados a los tobillos cada vez que nos levantamos de la silla¹. Por tanto, de la misma forma que al cerrar el cajón tras meter el lapicero dentro de él, sé que sigue estando ahí dentro aunque no lo vea, también al cerrar la puerta del coche al dejar a mi mujer en el trabajo sé que sigue amándome, aunque carezca de evidencia alguna. Y si así de sólido es el amor humano, cómo no lo va a ser el amor divino.

3. El amor divino

No debería sorprendernos la afirmación de que el amor divino no es muy diferente del humano, siendo este último realmente una especie de importación asiática de imitación del primero. El divino reúne, pues, lo mejor y más excelente de lo humano para, a partir de ahí, multiplicarse hacia el infinito. Ahora bien, si en el amor humano teníamos dificultades ante la falta de evidencias empíricas u

¹ L. WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, Gedisa, Barcelona 1995, 22.

objetivamente perceptibles, al referirnos a un ser divino que, por definición, está más allá de toda realidad aprehensible, esa falta de evidencias se multiplica.

Aquí el tema se complica y mucho, por lo que intentaré acotar el problema al máximo al no disponer de más espacio. La falta de evidencia sobre Dios llevará al no creyente a esbozar una sardónica sonrisa y a refutar lo que aquí se diga: “¿Cómo sabes que Dios te ama si no puedes explicar ni siquiera cómo sabes que Dios existe?”. Mi respuesta, sin embargo, es clara: “Sé que me ama, aunque no pueda tener evidencias de que existe”. O lo que es lo mismo, “sé que existe pues sé que me ama”. Lo explicamos.

Iniciando la década de los años 50 del siglo pasado, uno de los “profetas” del ateísmo, Antony Flew, publicó un artículo en el que hacía uso de la llamada parábola del jardinero invisible, cuyo autor era el filósofo británico John Wisdom. Si bien este se inventó la parábola como forma de explicar la existencia de Dios, Flew la rehízo para usarla para lo contrario².

² La parábola de Flew fue publicada en un artículo titulado “Theology and Falsification”. Un extracto del artículo puede leerse en: J. FEINBERG (ed.), *Reason and Responsibility: Readings in Some Basic Problems of Philosophy*, Dickenson Publishing Company Belmont 1968, 48-49:

A grandes rasgos, la parábola de Flew es como sigue: dos exploradores se adentran en la jungla y se encuentran un claro en el que hay una espléndida y cuidada vegetación, llena de fantásticas flores. Uno de ellos manifiesta estar convencido que tal maravilla no puede ser casual y que debe haber un jardinero que cuide del lugar. El otro parece menos convencido, pero ambos acuerdan quedar allí para comprobarlo. Como no ven a nadie, colocan todo tipo de artefactos para detectar su eventual presencia: detectores, alambradas electrificadas, perros guardianes, etc., pero no sucede nada. El escéptico confirma sus sospechas, pero el creyente se resiste a aceptar la inexistencia del jardinero y piensa que posiblemente sea un personaje invisible, imperceptible, indetectable por sistemas mecánicos, pero real, que sigue visitando y cuidando su jardín. Ante la falta de evidencias, el escéptico le pregunta a su compañero creyente qué queda de su afirmación acerca de la existencia del jardinero con este “concepto de jardinero” que sostiene ahora. En definitiva, ¿qué diferencia hay entre un jardinero que no podemos ver ni percibir ni

http://www.qcc.cuny.edu/socialsciences/ppecorino/PHIL_of_RELIGION_TEXT/CHAPTER_8_LANGUAGE/Theology-and-Falsification.htm (Consultado el 4 de julio de 2017).

conocer de ninguna forma y uno que, sencillamente, no existe?

Obviamente, prosigue Flew aplicando este mismo razonamiento a expresiones como “hay un dios” o “dios nos ama”. Precisamente ante esta última afirmación, advierte Flew que un creyente cristiano sostendrá que Dios nos ama como ama un padre. Sin embargo, ante un niño agonizante por un cáncer terminal, el padre terreno del chaval se dejará la piel en intentar cualquier esfuerzo por salvar a su hijo, mientras que Dios aparecerá impasible: ¿cómo podemos sostener que pese a ello es un dios amoroso? El creyente, apunta Flew, seguramente alegrará que esa imposibilidad se debe a que el amor de Dios no es comparable al humano, que es muy superior y que, por ello, queda fuera de nuestra comprensión, etc. Al final, ese amor divino parece diluirse como se diluía el jardinero invisible de la parábola. Si el creyente persevera, como seguramente hará, se pregunta Flew qué debe suceder para que se convenza de que es falsa la afirmación de que Dios nos ama.

Desde un punto de vista lógico, lo que viene a decir Flew es que toda proposición debe poder ser negada para que pueda ser tomada en serio. Si alguien afirma que existe vida en Marte, tal afirmación debe someterse a críticas que supongan su negación, como por ejem-

plo plantear la posibilidad de que exista allí un elevado nivel de radiación solar que impediría toda forma de vida posible. El defensor de la existencia de vida debe reconocer que su hipótesis puede ser falsada si se confirma la existencia de tal nivel de radiación. Es decir, debe darse algún caso hipotético que, de ser real, supone la negación de la aserción. Sin embargo, cuando el creyente afirma que “Dios nos ama”, parece no estar dispuesto a aceptar la hipótesis de que esa afirmación pueda ser falsa por mucho que se acredite la existencia de mal y de sufrimiento, o por mucho que quede en evidencia la ausencia de cualquier tipo de acción divina para paliar ese dolor.

Como es fácil imaginar, el artículo de Flew, escrito hace más de sesenta años, ha sido objeto de réplicas y críticas de toda índole, sobre las que ahora no podemos detenernos³. Más sorprendente es, si cabe, el hecho de que el propio Flew, a finales de 2004, declaró públicamente su convicción acerca de la existencia de Dios. Esta confesión pública de su conversión provocó un importante revuelo, sobre todo en el bando de los ateos y escépticos, que perdían una importante baza. Al fin y al cabo, de la noche a la mañana, uno de los más afa-

³ Algunas de ellas: A. FLEW, *Dios existe*, Trotta, Madrid 2012, 61-63.

mados propulsores del ateísmo moderno pasó a ser un deísta converso.

Su descubrimiento de lo divino provino, curiosamente, de la propia realidad, de la contemplación de la naturaleza, de las leyes naturales y siempre a través de la razón⁴. Siguiendo con el relato de la parábola, de alguna forma podemos decir que Flew dejó de ser escéptico, aunque en ningún momento vio al jardinero. Lo que motivó su cambio de opinión fue la contemplación del jardín, su armonía, su orden. Algo que ya estaba allí desde el primer momento pero que no era percibido de esa forma por él, no le atribuía el sentido que después le atribuyó.

Los mismos argumentos con que justificaba su conversión a principios de este siglo no eran insólitos, sino que, con las variantes que se quieran, son argumentos muy parecidos a los que defienden el diseño inteligente del universo, la existencia de una mente ordenadora o de un dios-relojero como el que defendía William Paley a finales del siglo XVIII⁵. Sin embargo, lejos de presuponer una intervención sobrenatural que le abriera los

ojos, Flew deja muy claro que su cambio de parecer fue meramente intelectual, como quien tras horas mirando las mismas piezas de un puzzle, de repente se da cuenta de cuál es el sitio correcto de la pieza que tiene entre los dedos y a partir de ahí todo parece encajar misteriosamente⁶.

Es verdad que, *a priori*, la experiencia intelectual de Flew no nos aporta mucho a nuestro problema. La concepción de Dios de Flew es deísta, muy alejada de un dios personal como el Dios cristiano. No sé hasta qué punto aceptaría gustoso la analogía del relojero, pero sin duda la creencia de Flew, al menos por lo que ha publicado, se encuentra lejos de ver a Dios como padre. Ello le permite al filósofo afirmar su convicción acerca de la existencia de Dios, pero le exige de tratar el espinoso tema del amor de Dios hacia los hombres y la existencia del mal. Parece, pues, que nos encontramos en un callejón sin salida, pero no es así.

4. La perspectiva alienígena

No abandonamos el jardín de la parábola, pero para llegar hasta donde queremos ir debemos añadir algunos ingredientes más. Imaginemos que no son explora-

⁴ Cf. *Ibid.*, 90.

⁵ Cf. W. PALEY, *Natural Theology*, 1802. Texto accesible en: <http://naturaltheology.us/category/all-text-of-paley-natural-theology>.

⁶ A. FLEW, *op. cit.*, 87.

dores humanos los que llegan a la selva, sino extraterrestres. Y en medio de la maleza se encuentran con un valle luminoso, con plantas de todo tipo y con fauna de lo más diversa, incluidos unos animales peculiares y que destacan por encima de los demás: los hombres. Existe allí un equilibrio perfecto, no hay violencia, los animales se alimentan de vegetales, los hombres ordeñan algunos mamíferos rumiantes que pastan por allí, comen huevos de algunas aves y, por lo demás, son vegetarianos. Los extraterrestres pueden sentir cierta curiosidad por todo ello, pero a cualquiera de nosotros nos suena irreal. Las personas que habitan allí nacen y mueren pacíficamente, su vida transcurre plácida, a nadie parece importarle seguir una monótona dieta vegetariana pero, a la postre, resulta difícil diferenciar la vida del hombre de la de la vaca.

Algo no encaja en todo esto. Las personas no funcionamos así, ni el mundo tampoco. La realidad es que, aunque sea por un despiste, una vaca puede acabar pisando a alguien y fastidiarle el pie, con lo que el feliz equilibrio se rompe (el maldito azar). O puede que un grupo de humanos decida que está harto de comer huevos (el imprevisible libre albedrío), lo que se acabaría produciendo una proliferación de aves que obligaría al "creador" a introducir depredadores para evitar un desastre

ecológico. Es verdad que al final la naturaleza tiende al equilibrio y al orden, pero no es menos cierto que estos son a menudo fruto de la violencia y el sufrimiento.

Introducidos estos nuevos factores, los extraterrestres no observan un paisaje muy diferente. Es verdad que ahora los hombres usan la violencia para cazar o para defenderse de fieras, como también algunos animales matan a otros. Ello supone que algunos hombres son atacados o malheridos, mueren jóvenes dejando huérfanos o enferman fruto de las heridas infectadas. Pero a diferencia de los demás animales, los hombres no abandonan a sus heridos, sino que los cuidan. Incluso cuando mueren, son enterrados en cuevas cercanas con objetos que aparentan tener cierto valor o significado para ellos. Posiblemente, los extraterrestres no entiendan todo lo que ocurre, pero sí que ven un orden en la convivencia de los hombres diferente del resto de animales. Lo que entre nosotros llamamos un orden moral.

Si entre los alienígenas hay creyentes y escépticos, es muy posible que los primeros atribuyan ese orden moral a la mano del creador. Los escépticos defenderán, al contrario, que ese orden es fruto de la convención, de una forma de vida adoptada por ellos como mejor manera de organizarse para

sobrevivir, aunque ello suponga explicar por qué es mejor cargar con heridos y moribundos que no dejarlos abandonados. Este será sin duda uno de los grandes problemas con que se encontrará el escéptico, pues la motivación que existe detrás de gestos tan humanos como cuidar de las personas mayores enfermas o enterrar a los difuntos resulta inconsistente con los objetivos de perseguir la propia supervivencia y la del grupo, que son los propios de la mayor parte de animales que, por tamaño y habilidades, pueden tener cierta afinidad con los humanos.

Dos son las conclusiones que podríamos entresacar del informe de los alienígenas. En primer lugar, si admitimos que es razonable pensar que el orden moral no es natural, sino que viene del propio creador, nos adherimos en cierta forma a lo que se ha venido a denominar el argumento moral sobre la existencia de Dios. Es decir, si hay un código moral en el hombre que no es fruto de la evolución de la especie si no que nos viene dado, esa entidad que nos lo da solo puede ser Dios. Luego Dios existe.

En segundo lugar, el fundamento de la existencia humana y lo que da sentido a ese orden moral es la libertad del hombre, sea para decidir dejar de comer huevos, o para sacrificar su vida para salvar a la de un amigo. Pero esa libertad de

opción entre distintas alternativas conlleva siempre un factor añadido: la posibilidad de que las cosas salgan mal, lo que incluye optar libremente por el lado oscuro, aunque también incluye la posibilidad de tener mala suerte y estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Lo que sí está claro es que, en nuestro universo, las cosas siempre pueden salir mal, sea en perjuicio propio o ajeno, por culpa nuestra o no. Si no fuera así, nuestra existencia no tendría nada que ver con lo que conocemos, nos resulta de hecho inimaginable un mundo en el que todo *tiene* que salir bien. Sería como pensar el universo sin la gravedad: no es que estaríamos flotando en el espacio, es que ni la materia sería como es ahora, ni el *Big Bang* habría hecho “bang” tal y como nos lo imaginamos. Sencillamente, nosotros y el universo seríamos otra cosa.

Así pues, frente a la inevitable posibilidad de que las cosas salgan mal, Dios nos ofrece una alternativa, la posibilidad de rechazar ese mal, activa o pasivamente, sea atacando al mal o sea simplemente rechazando su práctica optando por el bien. Pero Dios va más allá, pues fundamenta esa libertad a partir de una serie de valores, de un orden de prioridades en el que el elemento central es el amor. Así, actúa correctamente el que ama, el que se entrega a los demás, el que rechaza el egoísmo y es capaz de

ponerse en el lugar de otro, el que se compadece. Esa corrección moral, lejos de ser el simple cumplimiento formal de una regla, contribuye de forma efectiva a que las cosas tiendan a salir bien. Al contrario, el comportamiento egoísta e interesado de otros contribuye a que las cosas salgan mal, a que más gente sufra y acabe perjudicada. Incluso cuando el dolor proviene de situaciones más o menos fortuitas, como una enfermedad o una catástrofe natural, actuar conforme al orden moral querido por Dios minimiza ese mal y lo hace más llevadero.

Si Dios fundamenta el orden moral en el amor, es lógico pensar que el amor es la máxima expresión de Dios, de otra manera tendríamos que plantearnos la existencia de

un dios malvado que nos engaña de forma constante, lo que no parece tan razonable. Es por ello por lo que sí podemos afirmar que Dios nos ama, pues participamos de ese amor que, a su vez, nos da la posibilidad de amar y de sentirnos amados. El mal es consentido por Dios en la medida que genera oportunidades para manifestar ese amor. Cuanto más aman los hombres, más se percibe la cercanía de Dios y mejor se soportan las adversidades. El dolor desgarrado del padre ante el hijo que agoniza solo puede proceder del amor que el creador ha puesto en el corazón del hombre. En la medida que el sufriente se permita un mínimo de porosidad espiritual, percibirá la cercanía de Dios y sabrá que el dolor no tiene la última palabra. ■